

Música

Cultura



Entrega total. Ozzy comandó un show en el que sonaron todos los clásicos de la banda británica.

BLACK SABBATH NOCHE DE PURO HEAVY METAL EN VÉLEZ

Una despedida de alto nivel

La banda cerró su gira final en la Argentina. Con Ozzy Osbourne a la cabeza, estuvo a la altura de su leyenda.

Pablo Raimondi
praimondi@clarin.com

Luego de una copiosa lluvia, asoma una tarde-noche sangrienta de sábado. El crepúsculo rojizo se filtra entre los nubarrones del horizonte de Liniers y presagia una velada de aquelarre heavy metal, en el estadio José Amalfitani.

Mejor antesala imposible para

ver a Black Sabbath, la banda que le metía miedo al mundo allá por 1970 con aquella introducción que alumbró al heavy metal. La puntualidad inglesa deja en *offside* a cientos de metaleros, que aún pululan por los alrededores del estadio, y entran corriendo a la cancha. Se apagan las luces, suenan las campanas y la lluvia para que Ozzy Osbourne salga a Vélez y comience la misa (negra).

Desde que el líder se pregunta "¿Qué es esto que se para frente a mí?" (en la canción *Black Sabbath*), la historia se mete de lleno en la vena de los espectadores para esta cuarta visita del grupo al país. La encorvada figura de negro domina las miradas, a Ozzy se lo ve

más medido y asentado vocalmente que con su banda solista. Acá no es tiempo para grandes gestualidades, sólo de quietud y observación, acompañado por una voz nítida, que sólo flaquea en *Snowblind* y *Paranoid*.

"Let's go", grita el *Madman* y comienza a cabalgar la noche del sábado, sólo le basta con levantar los brazos (y moverlos), aplaudir, tirar un beso, saludar y, sobre todo, sonreírle a su gente para que el "olé, olé, olé", lo bañe. Desde la platea media, el show se escucha a buen volumen, con la efectiva vibración del bajo de Geezer Butler, excepto durante los primeros temas en donde la batería de Tommy Clufetos suena algo baja. Luego todo se ajusta,

RIVAL SONS Y VITICUS

Shows aprobados de los teloneros

El aperitivo del show fue con el correcto show de los estadounidenses Rival Sons. Antes estuvo Viticus, que tuvo invitado metalero en escena: Walter Meza (voz de Horcas) para cantar *Ruedas de metal*, de Riff. Con respecto a Black Sabbath, el punto final en vivo de su carrera será el 4 de febrero próximo, en la ciudad que lo vio nacer, Birmingham.

EL BALLETO DEL SODRE SE PRESENTÓ EN BUENOS AIRES

Dirigido por Bocca, brilló en el Coliseo

Laura Falcoff
lfalcoff@clarin.com

El Ballet del Sodre de Uruguay, que desde 2010 dirige nuestro compatriota Julio Bocca, visitó el viernes y sábado Buenos Aires por tercera vez en seis años. Esta compañía, que brilló en el Teatro Coliseo, fue creada en 1935 pero durante el último largo período estaba prácticamente inactiva. Bocca la hizo renacer creando un nuevo elenco de bailarines y dando un impulso extraordinario a un repertorio nuevo y muy diversificado. Gracias a este impulso, el Ballet del Sodre creció

fenomenalmente, tanto en convocatoria de nuevos públicos como en repercusión internacional.

El programa que trajeron a Buenos Aires tuvo esa heterogeneidad propia de las grandes compañías de ballet del mundo y que también caracteriza al Ballet del Sodre. A saber: una obra contemporánea del inmenso coreógrafo checo Jiri Kylian y estrenada por el Netherlands Danse Theater en 1991; una obra flamante -de 2015- de un joven creador argentino radicado en Alemania, Demis Volpe; y dos piezas ultra académicas: el pas de deux de *El corsario* y una suite de *Don Quijote*.



Un lujo. La compañía mostró su calidad el viernes y el sábado.

El programa abrió con *Petite Mort* de Kylian, una coreografía bellísima sobre música de dos conciertos para piano de Mozart. Kylian dijo hace muchos años que todas sus obras giraban en torno al erotismo y

la muerte. *Petite Mort* es en francés la manera de nombrar el orgasmo y también es "morir un poco". No hay ninguna literalidad en esta obra pero sí una "reverberación erótica". *One and Others*, de Volpe, revela también en parte su juventud: tiene sin duda un buen oficio coreográfico y la posibilidad de desarrollar una idea formal, como la de la primera parte. Pero luego parece perder el rumbo con agregados no enteramente necesarios. El muy lindo dúo final devuelve interés a la obra aunque temáticamente no tiene demasiada relación con el resto.

con la voz de Ozzy y la guitarra de Iommi al frente: un sonido potente y cristalino.

Polémicos los efectos utilizados en las pantallas, desde un filtro psicodélico (*Fairies Wear Boots*), simul agua blanco y negro (*Into The Void*) o hasta llamaradas de fuego -que por momentos cubrían a los músicos- en *Iron Man*, le quitaron naturalidad a una performance sin necesidad de maquillaje.

Las sirenas rojas presagian *War Pigs*, que se corona con un abrazo entre Iommi y Osbourne para el recuerdo. El vocalista presenta a sus músicos y el estadio se viene abajo cuando dice "The One, The Only, Tony Iommi". Cuando las pantallas proyectan las manos del guitarrista inglés, el estadio queda hechizado bajo su embrujo.

Párrafo aparte para Clufetos, quien demuestra que le sobra nafta para los shows de Sabbath y se despacha con un extenso solo de batería (en *N.I.B.*), de casi diez minutos, que sirvió para que Ozzy tomara un respiro y la banda encare *Iron Man*, otro clásico 100% heavy metal.

Dirty Women, el único tema en el que Iommi abandona su desgastada Gibson SG para recurrir a un modelo color blanco, es monopolizada por el padre del heavy, al cual Ozzy lo presenta hasta el hartazgo. *Children Of The Grave*, el punto más alto de la noche, sacude Vélez como nunca: cabalgata de riffs y pogo de sábado por la noche. El efectivo cierre con *Paranoid* fue el canto del cisne de los hombres de negro en Argentina.

Todos de pie en Liniers para decirle adiós a Black Sabbath. Ellos se abrazan de cara al público. La frase "The End" en las pantallas hace correr varias lágrimas entre aplausos. Muchos se quedan paralizados viendo la escena. No es para menos, sólo queda agradecerles de pie a estos británicos por casi medio siglo de heavy metal. Y que el sábado dieron una despedida a la altura de su leyenda. ■

la muerte. *Petite Mort* es en francés la manera de nombrar el orgasmo y también es "morir un poco". No hay ninguna literalidad en esta obra pero sí una "reverberación erótica".

One and Others, de Volpe, revela también en parte su juventud: tiene sin duda un buen oficio coreográfico y la posibilidad de desarrollar una idea formal, como la de la primera parte. Pero luego parece perder el rumbo con agregados no enteramente necesarios. El muy lindo dúo final devuelve interés a la obra aunque temáticamente no tiene demasiada relación con el resto.

Muy bien las piezas académicas, bien interpretadas y muy satisfactorias para el público. Un detalle que vale la pena mencionar: al terminar la función, la primera bailarina María Riccetto invitó a Bocca a saludar junto con la compañía. Clamor entre los espectadores. Pero Bocca se retiró a los pocos segundos y no volvió a salir. Un gesto apreciable de delicadeza y discreción. ■